

Nuevo México
Fragmentos
D. H. Lawrence

¡Pero tratándose de una belleza majestuosa, nunca he experimentado nada parecido a Nuevo México! ¡Todas esas mañanas en el rancho, en las que yo iba con una azada por la cuneta hacia el Cañón, y permanecía parado en el silencio fiero y orgulloso de las Rocallosas, al pie de las montañas, mirando más allá del desierto los montes azules de Arizona, azules como calcedonia, con el desierto artemisa arrastrando un azul grisáceo enmedio, punteado por el diminuto cristal en forma de cubo de las casas, el vasto anfiteatro del desierto altivo, indomable, cayendo hacia las pesadas montañas bañadas con la Sangre de Cristo al este, y elevándose sonrojado al pie de las montañas llenas de pinos de las Rocallosas! ¡Qué esplendor! Sólo el águila leonada era capaz de zarpar e internarse en el esplendor de todo eso. Leo Stein una vez me escribió: Es el paisaje más agradable que conozco desde el punto de vista estético. Para mí fue mucho más que eso. Guardaba un espléndido terror silencioso y una vasta, amplia y lejana magnificencia que se abría paso más allá de la apreciación estética. Nunca la luz es más pura y presuntuosa que allí, arqueándose con un esplendor casi cruel sobre el mundo vacío, ladeado.

Porque el sol no es sólo caliente o abrazador, no, en absoluto. Es de una pureza brillante e inalterable y de una serenidad altiva que lo llevaría a uno a sacrificarle el corazón. Ah, sí, en Nuevo México el corazón es sacrificado al sol, y el ser humano es desnudado, se le arranca el corazón, pero permanece impávidamente religioso.

*

Pues la religión es una experiencia, una experiencia sensual, incontrolable, más aun que el amor: digo sensual para significar una experiencia en lo más profundo de los sentidos, inexplicable e inescrutable.

*

Porque los Pieles Rojas parecen ser más viejos que los griegos o los hindúes, o que cualquier europeo y aun que los egipcios. Los Pieles Rojas, como hombres civilizados e intensamente religiosos, civilizados más allá del tabú y del tótem, como lo son en el sur, son religiosos en el sentido más antiguo del mundo quizá, y en el más profundo. Es decir, son un remanente de la raza más profundamente religiosa, todavía viva. Así me lo parece.

*

Nunca olvidaré la total absorción de la danza, tan silenciosa, tan constante, tan rítmicamente atemporal y callada, con el incesante pavor, siempre dirigido al centro de la tierra, el reverso mismo de la emanación del éxtasis dionisiaco o cristiano. Nunca olvidaré el canto profundo de los hombres en el tambor, hinchándose y hundiéndose, el sonido más profundo que he oído en toda mi vida, más profundo que el trueno, más profundo que el sonido del Pacífico, más profundo que el rugido de una cascada profunda: el maravilloso y profundo sonido de los hombres cayendo a las profundidades innombrables.

*

...Y en la *kiva*, más allá de un pequeño fuego, el viejo recitando, recitando en la desconocida lengua apache, en la extraña y salvaje voz india que nos devuelve el eco de antes del Diluvio, recitando aparentemente las tradiciones y las leyendas de las tribus, una y otra vez, mientras los jóvenes, los *valientes* de hoy erraban por ahí, escuchaban, y se iban de nuevo, vencidos con el poder y la majestuosidad de esa vieja voz tribal, y sin embargo incómodos con esa adherencia a medias a la civilización moderna, ambas cosas en contacto.

Nunca olvidaré las carreras indias, cuando los jóvenes, y aun los niños, corrían desnudos, manchados de tierra blanca y con pedazos de águila pegados para alcanzar veloces los cielos, y los viejos cepillándolos con alas de águila para darles poder. Ellos corren a la manera extraña y arrojada del mundo primitivo, lanzándose hacia adelante, sin tomar velocidad deliberadamente. Y la carrera no

es por la victoria. No es una competencia. Es un gran esfuerzo acumulativo. La tribu, en estos días, está sumando su energía masculina y ejercitándola al máximo, ¿para qué? Para adquirir poder, para adquirir fuerza: para entrar en contacto, por puro esfuerzo arrojado y acumulativo de los cuerpos de hombres, con la gran fuente cósmica de vitalidad que da fuerza, poder, energía a quienes son capaces de tomarla, energía por el sólo esmero de obtenerla.

Texto publicado en *Luna Córnea 7. Nuevo México*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1995.